



El gran miedo. Una nueva interpretación del terror en la revolución rusa

James Harris

2018. Barcelona: Crítica (Planeta). 272 páginas.

ISBN: 978-84-16771-93-6



Dr. Alfredo Crespo Alcázar

Profesor de Filosofía del Derecho en ESERP Business School

Contexto de la obra

En 1917 se ha cumplido el centenario de la Revolución bolchevique, aquella que llevó al poder a Lenin y estableció una dictadura comunista que se mantuvo hasta 1991. Por tanto, durante 2017 se han editado abundantes obras que han analizado el aludido acontecimiento histórico, sus razones e implicaciones posteriores.

La que a continuación reseñamos no tiene solo como objeto de estudio el golpe de Estado perpetrado por Lenin en 1917, aunque ocupa un lugar importante en la exposición, ya que concede mayor protagonismo al sucesor de aquel: Stalin. Cabe señalar que entre un mandatario y otro existen notables elementos de continuidad: el recurso al terror como herramienta para eliminar al adversario y a la disidencia, quizás sea el principal. En palabras del profesor Harris: “tanto bajo Lenin como bajo Stalin, el desencadenante de la represión masiva fue la sensación de que existía una amenaza inmediata a la revolución y a la supervivencia del Estado soviético” (p. 169).

La violencia política: ¿elemento constitutivo de Rusia?

James Harris desarrolla una idea fundamental: “ninguna de las preocupaciones que sirvieron para impulsar el aparato de represión bolchevique carecía de precedentes. De hecho, es posible argumentar que eran intrínsecos a la historia de Rusia. Hubo circunstancias, personalida-

des y condiciones únicas que hicieron que la violencia política bolchevique fuera más extrema que cualquiera de las que el país había conocido bajo los zares, pero sería demasiado simplista atribuir las exclusivamente, como muchos han hecho, a un dictador psicópata o a una ideología malvada” (p.29).

En efecto, la historia de Rusia, en particular la del siglo XIX, nos muestra un país en el cual la violencia política se hallaba plenamente arraigada. Al respecto, el autor establece una continuidad entre la violencia gubernamental practicada durante el zarismo y la llevada a cabo por los bolcheviques, subrayando que fue mayor en el segundo caso.

No obstante, tal comparación entre dos épocas históricas tan distintas resulta arriesgada, puesto que podría interpretarse que la violencia empleada por los bolcheviques, antes y después de tomar el poder, podría encontrar algún tipo de justificación. En palabras del autor: “la práctica de la violencia bolchevique tenía una dimensión adicional: la ideología. La toma del poder en 1917 les había dado la oportunidad de hacer realidad el sueño de una sociedad ideal en la que no existiría explotación ni desigualdad. Para ellos, no era una utopía, sino la trayectoria inevitable de la Historia, y por tanto se consideraban las parteras de un futuro glorioso llamado a abarcar a toda la humanidad (...) consideraban que destruir a todo individuo, grupo o institución que se pusiera entre ellos y su visión era una especie de obligación sagrada” (pp. 34-35).

Como puede observarse, para Lenin (y para sus sucesores) el fin justificaba los medios. En consecuencia, resulta obligatorio subrayar dos hechos complementarios. Por un lado, que en Rusia el comunismo se impuso por la fuerza, puesto que nunca recibió el apoyo masivo de la población sino que los detractores de tal ideología abundaban en “tiempo real” (aunque no pudieran expresar su rechazo a través de cauces como por ejemplo la libertad de manifestación). Por otro lado, que Stalin en los años veinte ya había anticipado ciertas intenciones que más tarde desplegó desde el poder: “en las condiciones actuales de cerco capitalista, necesitamos no sólo un partido unido, sino un partido de acero, capaz de soportar la embestida de los enemigos del proletariado, capaz de dirigir a los trabajadores en la lucha decisiva” (p. 139).

La paranoia bolchevique

Esta última premisa es fundamental puesto que generará entre los dirigentes soviéticos, empezando por Lenin y continuando por Stalin, un sentimiento de inseguridad que acabó por mutar en evidente paranoia. Así, entre el Gobierno soviético predominó la creencia de que entre los países capitalistas occidentales existía un sentimiento anticomunista, susceptible de traducirse en un ataque armado contra la URSS. En este punto, el pasado inmediato de Rusia, en lo referente a la magnificación de la amenaza externa, cobra vida en el imaginario bolchevique: “el miedo y la sospecha forman parte de la estructura de la historia rusa. Desde los inicios más tempranos de la civilización eslava, la población era vulnerable a ataques procedentes de todos los lados. La inseguridad fue uno de los factores que sirvió de impulso a la incesante expansión del imperio y la concentración del poder en un centro reducido” (p. 219).

James Harris para explicar esta situación, aunque sostiene que los líderes soviéticos magnificaron la determinación de los Gobiernos occidentales de destruir la Unión Soviética, sí que concede cierta legitimidad a las cautelas de Stalin, en particular cuando este argumentaba que el apaciguamiento británico (Gobierno de Chamberlain) para con Hitler tenía su razón de ser en no obstruir una

invasión alemana dirigida hacia el este de Europa y de la que, en consecuencia, el oeste quedara libre.

Dentro de este sentimiento de inseguridad es donde el autor ubica la política del gran miedo llevada a cabo por Stalin durante la década de 1930 (en particular, años 1937-38) en la cual coadyuvaban numerosos factores. Al respecto, el autor privilegia como explicación principal las enormes deficiencias de los servicios de seguridad y de inteligencia soviéticos, lo que se tradujo en el empleo de la violencia y el terror como herramientas para obtener confesiones de culpabilidad, a las que Stalin otorgaba máximo crédito.

Este *modus operandi* implicó numerosas condenas a muerte, purgas y deportaciones que afectaron a campesinos, burgueses, minorías nacionales, fuerzas armadas y antiguos rivales de Stalin (Trotsky, Zinoviev o Kamenev). Todos ellos compartían el “delito” de ser “enemigos del pueblo”, de fomentar la contrarrevolución a través de alianzas con el capitalismo y el fascismo internacional. Sin embargo, la historia ha demostrado que la mayoría de las víctimas de esta depuración eran ciudadanos comunes, esto es, inocentes.

En conclusión

El profesor Harris aunque describe con meticulosidad el ambiente que vivía la URSS durante los años 30, no entra a valorar en profundidad aspectos fundamentales como las pésimas condiciones de vida en las ciudades (hacinamientos) y en el campo (multiplicación del hambre como consecuencia de las requisas obligatorias de grano), ni la ausencia de las más elementales libertades (prensa, asociación...), ni el culto a la personalidad fomentado por Stalin (y que Jruschov años después, en el XX Congreso del PCUS celebrado en 1956, denunció). En consecuencia, se echa de menos un cuestionamiento más contundente de lo que realmente ha implicado el comunismo y su deseo de establecer un “paraíso en la tierra”, aspiración que solo ha dejado un legado de pobreza, muerte y destrucción, todo ello envuelto en la ausencia de derechos y libertades.